

ROSARIO MUÑOZ

Cuando Rosario llegó a la puerta de San Felipe no se atrevía a llamar. Aunque había sido el mismo padre Tejero el que le había dicho que acudiera al Oratorio la tarde siguiente, sentía un gran respeto por los padres del Oratorio. Siempre temía molestar.

Estaba parada delante de la puerta de la calle Gerona, pensando en llamar, cuando ésta se abrió para dar paso al padre Naranjo.

– Buenas tardes, Señora –le dijo éste, que no la conocía–. ¿Había llamado usted?, ¿lleva mucho rato esperando? Disculpe si no le hemos abierto antes.

Rosario, bajando la vista, le respondió.

– No, Padre, no hay nada que disculpar. Todavía no había llamado cuando ha abierto usted.

Más relajado, el sacerdote le preguntó:

– Y... ¿deseaba?

– El Padre Tejero me dijo que viniera.

– Pues pase usted.

Le cedió el paso, y cuando ella entró, llamó al hermano Porras, el portero, diciéndole:

– Esta señora quiere ver al Padre Tejero. Hazla pasar a la sala, y avísale, por favor.

– En seguida, Padre, le respondió el Hermano. Y, dirigiéndose a la mujer, le dijo:

– Pase, Señora. ¡Andá!, si es usted Doña Rosario. ¿Cómo está?

Rosario rió. Ella también conocía al hermano de las veces que había acompañado al padre Tejero a las Catequesis.

– Bien, gracias a Dios. Creo que el Padre Tejero me está esperando. ¿Le molestaría avisarle?

– Ahora mismo voy –dijo el hermano–. Entre tanto, siéntese si quiere.

Se sentó Rosario en uno de los dos bancos de madera que había en la portería y esperó a que el hermano saliera en busca del padre Tejero.

Después se levantó, nerviosa como estaba, y se puso a contar los pasos que había de una pared a otra, como si de averiguar aquella distancia dependiera el destino del mundo.

‘¿Qué querrá de mí el Padre Tejero?’ se preguntaba. No conseguía imaginar de qué se trataba. ‘Yo siempre le he dicho que puede contar conmigo. Podría ser que quisiera empezar el comedor para los corrales’. De él habían hablado algunas catequistas en la reunión del último jueves. Pero ni ella había aportado nada allí, ni se había llegado a ninguna conclusión; más bien se había dejado para que todas lo meditaran y retomar de nuevo el tema a la semana siguiente.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que la silenciosa llegada del padre Tejero la sorprendió y le hizo dar un brinco.

– Qué, ¿ya sabe cuánto mide el zaguán? –le preguntó Francisco riéndose. Ella se puso colorada.

– Perdona, Padre, me dijo el Hermano que me sentara, pero creo que soy un poco impaciente.

– No hay nada que disculpar, mujer –le dijo él–. Que cada uno espera como le parece, y yo he tardado más de lo que debía; pero estaba terminando un sermón y me quedaban por copiar tan sólo dos renglones. La que me tiene que disculpar por la tardanza es usted.

– No se preocupe.

Entonces, Francisco le señaló la entrada a una salita de recibir que había en la portería. Dicha sala tenía la puerta con un cristal, para que los padres pudieran hablar allí con toda clase de personas.

Rosario le siguió y tomó asiento, como él le indicaba. Una vez sentados ambos, Francisco fue al grano.

– Rosario. Se preguntará por qué le he dicho que venga aquí para hablar con usted, en lugar de haberlo hecho en San Roque, donde nos vemos muchas veces.

Ella le dio la razón. Realmente le había extrañado. Pero bueno, ya que estaba allí, esperaba que él le dijera qué quería.

Francisco, a quien gustaba poco andarse con rodeos, se lo expuso:

– Bueno, usted sabe el buen éxito que están teniendo las catequesis en el hospital Central.

– Sí, Padre, todos se hacen lenguas de ello. Y creo que lo mejor es lo bien que nos han acogido en la sala de Santa María Magdalena. Esas muchachas reciben la palabra de Dios como tabla de salvación.

– Exacto –dijo el padre–. Y, ahí comienza el problema; porque muy pocas pueden llegar a salir de la espiral que se forma entre el hospital y las casas de citas.

Francisco le expuso su plan a Rosario, sin decirle que había pensado en ella para cuidar de las jóvenes. La mujer se había ido contagiando del entusiasmo del sacerdote mientras éste le iba contando sus ideas. El padre Tejero, finalmente dijo:

– Y,... había pensado en una de mis catequistas para que atendiera a las jóvenes dentro de la Casa –le dijo.

Rosario, ya metida de lleno en la ‘fundación’, añadió:

– ¡Claro!, porque hará falta una mujer que viva con ellas, como si fuera esa madre que las muchachas no tienen.

Francisco se quedó callado, mirándola, mientras ella proseguía, hablando como para sí misma:

– Pero tendrá que ser alguien que no tenga lazos familiares que le aten, porque si no, no podría estar constantemente con las muchachas.

Rosario enlazó una retahíla de condiciones que debería tener la Catequista que se quedara con las jóvenes en la Casa; hasta que, de pronto, pareció caer en la cuenta de la razón por la que el padre Tejero la había llamado. Entonces le miró y él le sonrió.

– Sí, Rosario, he pensado en usted para esta obra. Tendrá que entregarse exclusivamente a la Casa, viviendo siempre con las jóvenes arrepentidas para instruir las, vigilarlas y corregirlas, como lo pudiera hacer una cariñosa madre.

Ella no salía de su asombro al sentirse elegida para una obra de tal magnitud. Francisco continuó:

– Pero, por todo ese trabajo, por las dificultades con las que se va a encontrar, por los disgustos y sacrificios que va a tener que soportar, no puedo ofrecerle ningún tipo de emolumento. Aquí no hay más paga que la que Dios le dará cuando llegue a sus brazos. Eso sí, podrá participar, para usted de lo mismo que se recoja para las jóvenes arrepentidas.

Al terminar de hablar el padre, Rosario permaneció unos momentos en silencio. Francisco sabía que de la respuesta dependía el éxito o fracaso de su iniciativa; así que esperó atento, mientras elevaba una oración a Dios.

Por la mente de Rosario pasó, en un instante, toda su vida; desde su infancia en Marchena, donde había nacido, hasta la serena madurez en que ahora vivía. La comodidad de terminar su trabajo y volver a la tranquilidad de su casa; los éxitos que tenía en las catequesis por los corrales, donde era muy apreciada, ‘san Pablo de los corrales’ le había llamado el padre en una ocasión.

Ella había ido en un par de ocasiones a ver a aquellas mujeres al hospital; sabía que sus caracteres, experimentados en la lucha por la supervivencia en un medio violento como era el de la prostitución, eran difíciles.

Si aceptaba tendría que someter su libertad a la voluntad del padre Tejero, que sería el director de la “Casa para las Arrepentidas”. Si aceptaba tendría que ocultar su éxito entre cuatro paredes. Si aceptaba se acabarían las noches de dormir de un tirón, los paseos tranquilos por la orilla del río. Si aceptaba...

– Acepto, Padre –dijo–. Con todas mis veras y con todas las consecuencias.

Voy a ‘quemar mis naves’; me llevaré a la Casa para las Arrepentidas hasta los pocos muebles de que dispongo. Así Dios sabrá que cuenta conmigo por completo.

Francisco casi se echa a llorar. Le dieron ganas de dar un abrazo a aquella mujer valiente que iba a arriesgarlo todo en una empresa que, en principio, no era suya. Porque, si aquello fracasaba, Rosario se quedaría en el aire, mientras él seguiría teniendo su Congregación y su casa.

– Vamos a pasar a la capilla, a encomendarnos a Dios. –Le dijo.

Mientras cruzaban el patio, bajo los arcos que formaban las galerías, para ir a la capilla, Francisco no dejaba de dar gracias a Dios.

MADRE DOLORES Y MADRE ROSARIO

Hermoso es también el testimonio que Madre Dolores nos dejó sobre Madre Rosario, y vamos a reproducir aquí la carta que escribió a las hermanas de la Congregación con motivo de su muerte en 1875.

J.M.J.

La gracia del Espíritu Santo las abraza en el divino fuego mis amadas hijas: el día 7 a las 10 de su mañana, como os noticié por telegrama, concluyó su carrera mortal nuestra querida M Rosario mi buena compañera. Dios nuestro Señor le abrevió los días sobre este valle de lágrimas. Yo la necesitaba aún muchos años; pero no son los juicios eternos como los humanos. Mi dolor y de toda la comunidad es cual podéis comprender; mas resignadas en las divinas disposiciones, estamos sufriendo las consecuencias de la separación primera para el viaje de la Eternidad. Debemos tener un consuelo.

Ella se ejercitó siempre en la caridad con el prójimo, tuvo la suficiente abnegación para emprender la primera, una obra de suyo tan penosa; y trabajó cuanto pudo soportando las mil adversidades con que Dios ha querido probarnos. La fatigosa enfermedad, la imposibilidad de tomar descanso, su fe, su serenidad cristiana para prepararse a la muerte y aún su deseo por que no se dilatara, por creerse bien dispuesta, como también la paciencia y mansedumbre con que llevó todas las molestias de su enfermedad, nos dan testimonio de que ha muerto en el ósculo del Señor. Trabajemos queridas mías para que en él concluyamos nosotras.

Sé que nos habéis acompañado en nuestras lágrimas que han sido muchas y aunque este tributo es efímero; indica unión y cordialidad

Todas estamos haciendo los sufragios de regla y también, como vosotras, los que cada cual puede añadir, por si la eterna justicia encontró algo manchado en su alma, para que en breve sea comprensora de la gloria que nuestro Señor tiene preparada para sus escogidos.

Tengo que añadir que no os olvidó en sus últimos momentos. Yo os hubiera querido tener aquí pero no era posible

A Dios mis amadas hijas; toda la comunidad os saluda y transmiten por mí las intenciones y firmes propósitos de estar cada día más unidas en espíritu con todas pues que la muerte ocurrida nos avisa de lo indisolubles que son los lazos de la caridad que nos ha unido.

Reciba toda esa mi amada comunidad el más sincero afecto que en el Señor le profesa su Madre

Dolores.